

LOS JUEVES LITERARIOS DE "EL TELEGRAFO"

Piruetas sentimentales

SAUDADE

Recordaré con pena los amores que tuve con la Reina Miryala, quinientos años ha. Yo sigo transigiendo... La Reina ya es querube en los ultravioletas dominios de Jehová...

En este avatar triste: vida décima nona como que vivo escaso de amor es un milagro de consuelo el remember de aquella «vita buona», por eso, hoy, a su dulce souvenir me consagro.

Cantando penas hondas al son de mi organillo solía bajo el vespér, rondar su real castillo, y en una noche dulce yo le dije mi cuita.

Su majestad me amaba como le amaba yo... pero otra noche triste que estábamos de cita, nos sorprendió su esposo, mi Rey, y nos mató.

Rafael Romero y Cordero.

Cuenca, 1921.

ADIOS!

Ahora que me voy lejos, muy lejos, y sin saber a dónde, quisiera dejarte en una soledad infinita: bajo la soledad de la tierra, que nadie sepa donde se cuela tu cuerpo, y que allí tu existencia sea un misterio para que nadie pueda robar tus encantos, para que nadie pueda ver tu rostro para ti, sino muy lejos de tu lado, trato de olvidar tu imagen como me hiciste de ser únicamente mía, urdiendo frases tentadoras para incitar tu espíritu, bajo la misteriosa hipocresía de un amor que dicen verdaderos, tendiendo a que el recuerdo de mi amor sentido lo haga desaparecer para siempre en el infinito vacío del olvido...

Pero yo que aún te amo todavía, te dejo mi corazón desahogado, errante en la soledad, palpitando inerte entre los recuerdos de aquellos días de amor, momentos de ternura que jamás pudieran sustituir la voluptuosidad instantánea de otra mujer que no fueras tú, que eres para mí la vida de mi vida.

Y si tus labios, que en un tiempo fueron dulces tentadores de mis besos, brinden amantes sus besos al viento, y que tus ojos seductivos, que insensiblemente cautivaron mi alma, viertan quizás alguna lágrima imprudente que me pida ofrenda a mi destino, recordará entonces del único que te amo y que al irse lejos, muy lejos y sin saber a dónde, tal vez no volverá.

José Rogeste. Guayaquil, Ecuador, 1921.

DUDA...

Aunque llueve en la Tierra, en mí tengo primavera. Y a pesar de que el cielo hiere a mis ventanitas y desgrana sus rocíos, gozo.

El gris plomizo del cielo, me recuerda la patina con que el tiempo ha cubierto a la plata antigua.

La naturaleza está triste. La calle no es sino una gran mancha muerta. Cae incesantemente agua: mas, ni todo el líquido del mar podría consumir la llama que me alimenta.

El Amor es el fuego hecho luz. El Amor es el agua santa. Y yo tengo esa luz y esa agua.

Mi amada sonríe siempre. Y donde ella está hay poesía.

En medio de la tormenta, su figura triunfa y brilla. El antepecho de la ventana en que se apoya, tiene, para mí, un prestigio casi religioso.

La claridad serena que se escapa de sus ojos grandes y húmedos, como de gacela eternamente sorprendida, me ilumina.

La gracia que pone al mirar aún el agua que sigue cayendo, me enloquece.

Y yo, no siento ni el frío ni el calor del cielo.

Frijo?—Y el calor que se escapa de sus ojos?

Agua?—Y la lluvia de luz que me envuelve desde que ella me mira?

He vuelto a verla. Llueve como en la vez pasada.

Y he tornado a situarme frente a su nido, porque mi camino es obs-

Elegía interior

Y te fuiste... Y sin decirme Adiós! Vegaba en el ambiente un halo triste, de desolación, que rondaba por mi alma, llena toda de nostalgia y pasión.

Y te fuiste... Y te miré partir... Mudos mis labios cuando tu partiste no pudieras decirte: —No te olvides de mí; pero en el fondo de mi ser sentía una mística voz

que fervorosa una oración decía: —Que vuelvas pronto; Adiós! mientras por el ambiente se extendía un halo triste, de desolación.

Mañana volverás... y más hermosa. Por el ambiente correrá una brisa de desconsolación, que llevará a mi alma la tranquila ventura de mirarte, llena toda de juventud y amor; y se irá del ambiente ese halo triste, de desolación.

Benigno Checa Drouet

Guayaquil, 1921.

Cuando la paz venga de Rusia

Canción para unas bodas pobres de Alemania

Vendrán los viejos estilos... Vendrán los días tranquilos... y darán sombra los tilos en un eticho alemán...

y los tilos darán sombra... como siempre—y se hilarán en la rueca y en el uso, y el sol vendrá con su risa—para verlo—y placerán al señor que los dispuso con más prisa que en la casa de Labán y serán cosa de un día—no como en el tiempo aquel—siete años para Lila y siete para Raquel—

y saldrán al vuelo las telas todas de unas bodas... volverán antiguas modas tela, indiana, muselina, lienzo, crudo y tafetán...

y en el oro plata fina labrarán—como ella quiera—la pulsera y el anillo...

y el platero muy temprano con la lima y el martillo, del metal hará una rima de un sonar lindo y ligero, para el brillo de su mano...

y ella, tan solo, un sencillito tulipán o alguna rosa del verano—todavía ayer—por joyas tenía...

y hoy en su mano estarán las joyas que más de un día y una noche durarán...

y una embriagada alegría las joyas nuevas le dan... tra ni Werther, ni don Juan rondará—desde hoy—la aldea de German y Dorotea que para casarse están.

¡Esta si que será! Esta será una boda modesta; será una fiesta de risa y se bailará con orquesta o sin orquesta porque lo mismo dará.

Y habrá tan solo una mesa puesta, con manzanas y pasteles y una copa de vino de una caba buena—, al otro lado, y será para los blancos manteles un cristalino día del Rey de Caná.

y estará—quién estará—ella entre los convidados, con los ojos desposados bajo la corona ya, muy callada... y se pondrá colorada de pensar que está casada.

Así es la corta novela que loí—boda de una trabaucha—

y así la boda será otra vez, de la efumorada niña que no tiene nada de dinero y ha venido a ser criada de posada con los padres del marido

y el será el fiel heredero de manos de jornalero y pies de su hacienda pies de burgués y ojos de buen caballero.

y esta será una balada para después de una guerra, y en la tierra sosegada como una recién casada.

Rafael Sánchez Maza.

PENSAMIENTOS

Mujer inconstante es la que deja de amar; ligera la que ya ama a otro; teleta la que no sabe si ama ni lo que ama; indiferente la que no ama nada.

En ciertas mujeres la frivolidad suele ser una defensa.

Una mujer es un reino en que el marido es, al parecer, el rey; la mujer la reina ficticia y el niño el soberano efectivo.

OBSESION



Oh, estos ojos, estos ojos no los he visto nunca!

Tú poeta, has cantado el misterio fascinante de los ojos negros. Tú pintor, fijaste en la tela milagrosa la maravilla de luz de los ojos verdes, cambiantes y profundos como la onda, como la mar inmensa; y los ojos color de té, brumosos y tranquilos; y los azules ojos de los arcángeles en las vidrieras góticas; y aquellos indefinibles ojos color de ceniza, color de hoja caída, de lunas a la madrugada...

Pero, no, estos ojos míos no son así, no los he visto nunca: ni nadie los vio desde la infancia del mundo. Una brujita lunática los engastó en ese rostro de mujer para mi desesperación. Son humildes, como rociados de lágrimas; con el encanto de paz de aquellas aguas amodorradas en los bosques nocturnos y sobre las que tiembla una como nata luminosa. Expresan asombro y pena, como los ojos de los recién nacidos y miran—singular maravilla—vaga y fijamente a la vez.

Vampiros de luz, que van a prenderse en mi corazón, que van a chuparme lentamente el espíritu!... Ojos de inquisición crónica obsesionalmente, hermanados de aquellos y divinos verdugos del duque de Freumuse... Están fijos en mi vida, implacables como maldiciones, fascinantes como aterciopelados abismos; profundos y acariciadores; produciéndome vértigos y embriagueces exquisitas...

Mis ojos, cansados de implorar a esos astros de lo Enigmático y Desconocido, se cubren con las rojas vendas de los párpados... imposibles, Gran Bhuda, imposibles! Los ojos fatidicos en vigilancia eterna, están dentro de mí, han penetrado en mi alma, me han llenado de luminosidades, están suspendidos a manera de dos lámparas mortuorias en la cartuja de mi espíritu...

Oh, estos... estos ojos!

Medardo Angel Silva.

Coloquios sobre lo eterno

Depedida sentimental a la novia de la adolescencia. El poeta cantó su canto desesperado.

Adiós para siempre, novia de mi adolescencia.

Como yo te quería, nadie más te querrá. Como yo te tengo idealizada, ya nadie podrá idealizarte.

Tu amor en mi alma era como un rosal florecido, que llenaba de aroma intenso la tristeza errante de mi vida.

Pero la mujer calcula perfectamente, y yo soy un Poeta.

Ya nunca volveré más la Ciudad Mística donde te amé.

El recuerdo del primer beso me llena de melancolía.

Los sitios por donde tú y yo hemos pasado juntos, me recordarán instantes demasiado gratos para poder olvidarlos tan pronto. ¿Cómo me llenarán de añoranza los lugares donde se sucedieron las horas de nuestro amor!

Yo no sé cómo podré arrancarme este amor que se enterró tan hondamente en mi alma. Mi alma quedará muerta.

Ha de sangrar por el dolor de perderte, gota a gota, toda la vida, como una eclipside fatal.

Quizá llegue a odiarte cualquier día. La sombra de un hombre estará entre nosotros dos.

No se olvida en un momento, y la vida es un momento feliz o desgraciado.

Tu recuerdo está en mi rodeado de halo dorado, porque eres para mí la única lámpara que alumbró mi penumbra interna.

Yo pensaba que tenías la idealidad precisa para ser la amada de un hombre infortunado. Pero sabes olvidar las promesas de amor. Yo no sabría.

Olvídate de aquellos días. Yo te seguiré amando como un niño.

Terminarás casándote con un vulgar. Comerciante, oficinista, —y quizás tengas hijos robustos. —Yo te aconsejo que te cases con un boticario.

Yo seguiré mi senda, acariando, de vez en cuando, la ilusión de haberte querido.

Seré gaviota en los mares lejanos y aguilucho sobre las montañas azules. Amaré la gloria permanente en mi misma libertad. Quizás muera abandonado en un hospital o en un baldal, sin haber gozado en la vida de un amor cordial e íntimo que me redimiese. Pero ¿qué importa? Me quedará la esperanza de que ha de florecer mi alma después de muerto.

No sé si ser sarcástico contigo, o llorar contigo como hacíamos otras veces.

Yo solo beberé la copa del veneno. No; tú, no. Tú no perteneces a la realidad de todos los días en una capital de provincia.

¡Empiezo a amarte ahora!

Ella que sabía sonreír maravillosamente, le contestó llorando.

Sigue la voz que te llama a sí. No ates tu barca a ningún puerto. Sé como las gaviotas y ama lo desconocido. Mis ojos te seguirán por el camino de tu esperanza. Llévame mi recuerdo contigo como si fuera un retrato antiguo y esfumado.

Correa Calderón.

Volverlo a ver

¿Y nunca más? ¿Ni en las noches llenas de emoción de astros, ni en las alboradas virgines, ni en las tardes tinieblas?

¿Al margen de ningún sendero lejano que cite el campo, el margen de ninguna fantasma tremula blanca de luna?

¿Bajo las trenzaduras de la selva donde llamándole me ha anochecido ni en la gruta que viene mi alarido?

—Oh, no! Volverlo a ver no importa donde, en remansos de cielo o en vértice horrendo, bajo las lunas plácidas o entre el cárdano (horror).

Y ser con él todas las primaveras y los inviernos, en un argüido nudo, en torno a su cuello ensangrentado. Gabriela Mistral.

PINTURA BLANCA marca "LEON" inglesa. Almacén PUIG.

dad, Gasolina, o Kerosene, etc.

Como una visión

Tu pasaste a mi lado una tarde sombría copiando en tus pupilas inefable tristeza preludiando el Angelus en la vieja Abadía donde guarda la Sor su mística belleza.

La tarde era una rosa que lenta se me iba al ritmo melancólico de divina belleza... Modulaste muy bajo, dulce «Santa María» como una flor nocturna doblando la cabeza.

Las campanas lloraban su angustia vespertina y en tus ojos oscuros leía yo una divina palabra que fluía desde tu corazón...

Después?... La noche extendió sus alas de vampiro y al vibrar en el viento como un leve suspiro te perdiste en las sombras cual alada visión.

L. A. Lavayen Flores

EL POEMA ESPIRITUAL

Tus párpados permanecían cerrados, cubriendo como sutiles cortinas las ventanas de tus ojos...

Y había densa obscuridad. Y habían nubes avaras que entreteñían el Eter.

Y ni una estrella furtiva asomaba su faz oscura.

Y ni la «píldora» novia de los poetas, voluptuosa como otras veces, mostraba su sonrisa de plata...

¿Qué noche tan umbrosa, sumiendo al mundo en nostalgia loca, haciendo gemir a las almas melancólicas y sollozar a los pineros milenarios del viejo caserío...

Y las horas eran largas e irritantes... tan largas como la estela indeleble de Letheo en el Invierno de una ilusión marchita...

Y había enigma en esa nostalgia: enigma de cosas adivinadas, adivinadas de minutos nocturnos... Y al fin en la cima de la montaña, acaso en el infinito, donde el Cielo estampa su beso ovalado en el Azul, y las olas bulliciosas lamen las riberas, una sola sombra... la sombra del Destino...

Y las ondas rugían. Y los vientos cólericos causaban pavor.

Y los mientes templaban de espasmos infernales...

Y la sombra aumentaba tenebrosa. Y se acercaba con el Hido la eterna y el sarcasmo cruel de la existencia humana...

Y llegó al canit del sendero de la Vida... y terminó implacable la sentencia única de la hora predestinada.

Y sin embargo un alma gemía... era mi alma enferma que había apurado el dolor del Dolor, por que tus párpados, permanecían cerrados, cubriendo como sutiles cortinas las ventanas de tus ojos...

—Mas, cansados ya, bajo la suave impresión que recibí una hora bondadosa pausadamente se levantaron... entonces se hizo la luz... Huyó de impotencia la obscuridad; se despejaron evidencias las nubes; las olas inquietas besaban gozosas las desiertas playas y hubo un cielo de zafiro...

Y las almas que hambrosas aspiraron el aroma perfume de Alegría.

Y los pinos enrejados se volvieron a sollozar...

Y la verdad se presentó... y vino la calma.

Y después... Mi alma moribunda experimentó la sublime felicidad de la Vida... la Vida inabisa de tus ojos!

E. A. Bolaños Moreira.

Quito, V. 1921.

POEMA

Mujer: Te abro las puertas de mi corazón, borracho de locuras y de enigmas, para que entres en él. He rimado un poema, para ti, con pedazos de mi alma y de mi carne, con claros de luna y perfumes de violetas. Ahora quiero que tu immortalices mi poema.

Para ello necesito de todas las pasiones de tu alma y de tu carne porque mi corazón es un extraño rosal donde florecen las rosas de lo Desconocido, y por que guarda, en secreto, un deseo que tu debes de realizarlo.

Mujer: Compréndeme bien: Tu alma debe poseer mi cora-

zón como un sentimiento espiritual, y tu carne como un beso ardiente y loco de embriaguez oreadora...

Entra, Mujer, que mi corazón te espera.

Guayaquil, 21-3-21.

Julio César Sánchez

Desolación

Sigo mi ruta, en el mundo, cual un fantasma de cuentos sochereadicos. El mutismo espantoso de una sombra al caer de la tarde, me agobia, y, mi vida, toda, semeja un gran lago de se reflejara la tristeza de un amanecer de invierno. El cristal inmóvil de mi desolación, fija la muerte de un día de luz.

¡Existencia, fardo de honda desolación y amargura, es noche eterna de lluvias y tinieblas. Me interrogo y sólo escucho el eco agonizante de mi interrogación perdida...

Yo quiero un ser, una mujer, que pueda oírme y descifre el enigma doloroso de mi existencia, y compartir con ella el sufrimiento, y que me enseñe a reír.

La quiero de alma muy grande y corazón de alfiler; rubia o morena, ¡tanto da! Los bucles de oro de su cabellera desbordándose sobre su seno de nieve, o el torbellino ondulante, vedado, tornada cada de un mar molido de virgen: no importan. Elobios que tengan sed de besos y que musicalicen a manera de finos cascabeles. Voz queda, como un sueño de serenatas lejanas. Ojos tristes como la agonía de un cisne. La quiero llorando en sus pupilas el espejismo extraño del mar muerto...

Ella será la Vencedora. Con el secreto de mi Pena y el dolor de mis Poemas, haré una corona para su frente divina; y, con los ramos de mi prosa, flores recogidas en el jardín abandonado de mi pecho, cubriré la desnudez, sin mancha, de sus botones de carne...

Le contaré mi pasado, sombrío atardecer; engastaremos en las frases, besos, y aprenderé a reír como los niños, dejando pasar los días de sol y las noches heladas en la paz de un nido de amor.

Si mis penas la hicieron llorar, como a solas. Y si me refiere, ella, algo alegre, reiremos los dos, aunque mi carejada sea sordo rugir de olas en tormenta, y a su nerviosa vibración responda el dulce batir de alas en fuga...

Yo quiero una mujer que pueda oírme y descifre el enigma doloroso de mi existencia...

F. Guillermo Mateus P.

1921.

Luz María

Fue una rara muchachita, se llamaba Mariquita. Era hermosa, era bonita y era muy sentimental.

Nos quisimos con locura, nos confundió la ternura de un amor primaveral, y en una tarde calurosa se alejó como una rosa que abandonase el rosal.

Mariquita: mucho amor tuve para tu pureza, y hoy tengo mucha tristeza, un incurable dolor...

Está la tarde lluviosa, sugestiva y quejumbrosa, como aquella en que te fuiste... —No la he podido olvidar!— Mariquita, estoy muy triste, tengo ganas de llorar...

Eusamar Guderin.

MAYO, 1921.